

La hora final de Cervantes

Aquí es donde concluye una vida estupenda, a la que se empeñó en afejar la pena. No cesan las penas de "mantear" a los buenos, mientras los malos ganan en riquezas y en honores. Mas ésto no acongoje, que no se han agotado los bálsamos reconfortantes.

Mediaba el mes de abril del año de gracia de 1616. El Soldado manco, pobre hidalgo, llegaba a su fin. Ya había realizado su gran proeza literaria y tenía en mucho sus lauros militares. Tanto como las congojas vividas. Si la fama de su Don Quijote crecía, su pobreza no era menor. Bien pudo decir alguno:—"Si necesidad le ha de obligar a escribir, plegue a Dios que nunca tenga abundancia, para que con sus obras, siendo él pobre, haga rico a todo el mundo."

Cervantes derrochó su ingenio en provecho de la Humanidad. Sus contemporáneos y las generaciones siguientes, se han deleitado con su prosa. Por algo al cabo de cuatro siglos, si no existen sus cenizas, su nombre es exaltado y se recuerda con gratitud. Homenajes póstumos se le dedican, pero no por tardíos, menos sinceros y consagratorios.

Terminaba los "*Trabajos de Persiles y Segismunda*", cuando se apagaba la vida del festivo escritor, protegido de las Musas. De nada valió el consejo:—"Vuesa merced, ponga tasa al beber, no olvidándose de comer, que con ésto sanará sin otra medicina alguna". Sabe mucho el hombre por viejo, pero ignora todo lo que 'hay de tejas arriba."

El día dieciocho, perdida toda esperanza, se le administró la Extremaunción. Sosegada el alma, el cuerpo tuvo alivio. Entonces escribió su carta de despedida al Conde de Lemos, su gran amigo, a quien dedicaba también su último libro. Es una pieza digna de ser leída por todos los grandes y los sabios del mundo, para que aprendan unos a ser magníficos y a ser agradecidos los otros. La mano generosa no puede olvidarse, ni en trance tan apurado. Así habla:

“Ayer me dieron la Extremaunción y hoy escribo ésta. El tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan, y con todo esto llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir, y, quisiera yo ponerle coto hasta besar los pies de V. E. que podría ser fuese tanto el contento de ver a V. E. bueno en España, que me volviése a dar la vida. Pero si está decretado que la haya de perder, cúmplase la voluntad de los cielos, y por lo menos sepa V. E. este mi deseo, y sepa que tuvo en mí un tan aficionado criado de servirle, que quiso pasar aun más allá de la muerte mostrando su intención.”

Serenamente, otorgó su testamento, nombrando albaceas a su mujer doña Catalina de Salazar y al Licenciado Francisco Núñez, que vivía en la misma casa. Hizo varias recomendaciones y el día veintitrés rindió su jornada.

Apenas alcanzó a vivir sesenta y ocho años. Lo suficiente para realizar obra perdurable. Que no es cuestión de años lo que avalora una tarea, sino el ingenio que en ella se ponga. Pobrémente fué sepultado. Ni una lápida señaló el sitio donde debían reposar sus restos mortales, por los siglos de los siglos. Hasta el sepulcro lo persiguió la desgracia. Mas estaba de Dios que ganaría la batalla final después de muerto. No se pensó entonces en que su *Don Quijote*, sus *Novelas Ejemplares*, se encargarían de perpetuar su nombre.

La muerte apagó su vida; cerró sus ojos; paralizó su brazo, pero no eclipsó su gloria, que había sido amasada con dolor y pena e inspirada con sabiduría. Sigue viviendo con nosotros. Suyas son estas palabras:

—“No muerto como el mundo ignorante piensa, sino vivo en las lenguas de la fama”...

Francisco María Núñez